

El jabalí ofrece muchos puntos de contacto con el cerdo doméstico, y por el uno se puede reconocer el otro, si bien el primero es un ser más perfecto que el segundo, degradado por la esclavitud. Todos sus movimientos son rápidos e impetuosos, aunque algo pesados y torpes; su carrera es bastante viva, siguiendo generalmente la línea recta. La manera que tiene de penetrar en una espesura que parece impracticable, es harto singular. Su cabeza puntiaguda y su cuerpo angosto parecen expresamente conformados para que pueda abrir brecha en sitios por donde ningún otro animal sabría pasar; su hocico traza la senda, sigue el cuerpo, y avanza como una flecha. Yo he visto con frecuencia en Egipto á los jabalíes que corrían por los cañaverales de los diques y las plantaciones de caña de azúcar, y circulando por la más compacta espesura como si ya estuviera el sendero abierto: Los pantanos y los brazos de mar no bastan para detenerlos: los atraviesan á nado, y hasta se han visto cerdos domésticos que pasaban de una isla á otra. La estructura de estos animales les facilita semejante ejercicio; su cuerpo de forma de pez, y su espesa capa de grasa, les permite sostenerse en el agua: bástales mover ligeramente las piernas para poder avanzar con rapidez.

Todos los jabalíes son prudentes y vigilantes, sin que por esto se les deba tildar de tímidos, puesto que pueden confiar en su fuerza y en sus formidables armas. Oyen y olfatean muy bien, pero su vista es mala, según se ha tenido ocasión de reconocer en las cacerías: ningún otro animal cae como él sobre el cazador cuando éste permanece tranquilo al viento, y á ningún otro se puede uno aproximar tanto: Cuando yo cazaba aves en Egipto me sucedía con frecuencia llegar á la distancia de quinientos pasos de un jabalí sin que pareciese notar mi llegada. Semejantes ocasiones suelen ser funestas para el animal, pues allí donde la caza es libre no se puede resistir el deseo de probar la precisión de una carabina cuando se tiene delante tan magnífica pieza.

No debe creerse que el jabalí tiene un gusto depravado, pues cuando su alimento es abundante sabe elegir siempre los pedazos mejores; tampoco carece de tacto.

Su inteligencia es menos limitada de lo que generalmente se cree. Este animal es manso; pero hostigado por los perros, sus más encarnizados enemigos, hace frente y se defiende con sus colmillos. En cuanto al hombre, no le acomete nunca si no se le provoca antes; no hace caso de él si pasa tranquilamente á su lado, ni piensa en huir; pero si le excitan se enfurece, y se

precipita ciego contra el agresor. Dietrich de Winckell cuenta que en su juventud se vió precisado un día á lanzar su caballo á escape para librarse del furor de un jabalí al que había dado un latigazo al pasar.

«El cazador,—dice,—debe ponerse en guardia cuando el jabalí está herido, porque cae sobre él con una violencia sorprendente. Sus colmillos causan heridas peligrosas; rara vez se detiene y mucho menos retrocede. Si se tiene la suficiente presencia de ánimo, se debe dejar llegar al jabalí á pocos pasos, refugiarse entonces detrás de un árbol, ó dar un salto de lado, porque como este animal no es diestro para volverse, sigue adelante. Si no es dado salvarse así, no queda más remedio que tirarse al suelo, pues el jabalí no puede herir sino de abajo arriba, y nunca viceversa.»

La jabalina no se enfurece tan pronto como el macho, pero no es menos valerosa que él, y aunque hiera menos gravemente, es más terrible, por que se detiene ante el objeto de su cólera, le pisotea, le muerde y le arranca pedazos de carne. Ante una jabalina no se debe uno tirar al suelo para salvarse, y si el cazador no tiene arma de fuego le es forzoso sacar su cuchillo de monte y confiar en su fuerza y su destreza. Los jabalíes jóvenes, y hasta los jabatos de un año, acometen á veces al hombre cuando están acorralados, aunque no pueden morderle mucho.

Basta ver los colmillos del jabalí para comprender que constituyen un arma terrible; los machos se distinguen de las jabalinas por estar mejor armados; á los dos años salen estos dientes, á los tres adquieren mayor desarrollo los de la mandíbula inferior, y se dirigen hacia arriba, encorvándose ligeramente; también sucede lo mismo con los superiores, que se apartan de la mandíbula; pero no son la mitad tan largos. De un color blanco brillante, agudos y punzantes, agúzanse cada vez más por el frotamiento; cuanto más avanza en edad el individuo, mayor es la curvatura y aumenta su fuerza y longitud. En el jabalí viejo se encorva el colmillo inferior casi por encima del hocico, y entonces no es ya útil para la lucha más que el superior. Las heridas que produce son muy peligrosas y mortales cuando interesan un órgano importante. El animal los hunde en las piernas ó el vientre de su adversario, levanta luego la cabeza, la echa hacia atrás y profundiza y ensancha la herida de un solo golpe, atraviesa todos los músculos de la nalga hasta el hueso, ó separa las paredes abdominales y desgarran los intestinos.

Los jabalíes fuertes acometen á los animales que son mucho mayores que ellos; pueden abrir á un caballo el

vientre y el pecho; siendo de advertir, que los individuos de seis y siete años son más peligrosos que los de edad más avanzada, cuyos colmillos están muy encorvados hacia adentro.

En caso de peligro se prestan estos animales mutuo apoyo; la madre, sobre todo, defiende á sus hijos con valor. Una jabalina que tenga jabatos pequeños es un animal de los más terribles, pues cuando se le quita uno no cesa en la persecución hasta que lo recobra.

La voz del jabalí se asemeja en un todo á la del cerdo doméstico; al andar tranquilamente deja oír un gruñido que indica su satisfacción.

Cuando padecen las jabalinas y jabatos lanzan gritos de dolor; el macho, por el contrario, guarda silencio por grave que sea su herida. Su voz, más sorda que la de la hembra, consiste en un mugido, y se oye sobre todo cuando el animal reconoce un peligro.

La estación del celo comienza á fines de noviembre, y dura de cuatro á cinco semanas, ó acaso seis. Las jabalinas que durante este período paren dos veces al año proceden, sin duda, de los cerdos domésticos que han recobrado su libertad; las que son realmente de origen salvaje no entran en celo sino una sola vez al año; las jóvenes pueden reproducirse á los diez y ocho ó diez y nueve meses. Al acercarse dicha época se reúnen los solitarios con las manadas, ahuyentan á los machos menos fuertes y corren con las jabalinas. Los machos de igual vigor empeñan luchas tenaces y encarnizadas; pero rara vez se descargan golpes mortales; los reciben por lo regular en los colmillos ó en el vientre; y cuando los dos adversarios son de igual fuerza, y queda indecisa la victoria, acaban por tolerarse uno al otro.

A las diez y ocho ó veinte semanas del apareamiento, la jabalina joven pare de cuatro á seis hijuelos, y la vieja de once á doce. De antemano prepara en alguna solitaria espesura un lecho cubierto de musgo, hojas y tallos de pinabeto; allí permanece echada durante quince días con su prole: sin abandonarla más que el tiempo necesario para comer. Bien pronto se la lleva consigo, y á menudo se encuentran varias jabalinas que velan juntas sobre su prole: si una de ellas llega á morir, las alumnas se encargan de cuidar á los huérfanos.

Una manada de jabatos pequeños es curiosa de ver, porque son animales muy graciosos: su pelaje, man-

chado y bonito, y su gentileza y vivacidad, contrastan singularmente con la pereza y pesadez de los padres. Las jabalinas marchan delante con mucha gravedad; detrás de ellas corren los pequeños, chillando, gruñendo y dispersándose; luego se reúnen, detienen para dar alguna pesada voltereta, ó rodean á su madre,



Jabalíes

obligándola á pararse para mamar. Esto dura toda la noche: por el día no puede apenas permanecer tranquila en su escarbadero la turbulenta manada, y está en continuo movimiento.

Nada excede al valor y osadía con que la jabalina defiende á sus pequeños ó á los que adoptó; al primer chillido de un jabato, llega presurosa sin detenerse ante el peligro, y acomete al agresor, quien quiera que sea. Un hombre que se paseaba á caballo encontró unos



jabatos de poca edad y quiso llevarse uno; mas, apenas hubo lanzado un gemido, llegó la madre corriendo, persiguió al raptor, lanzóse sobre el caballo y trató de morderle el pie. Para salir del paso, dejó el hombre caer al animal, y, habiéndole cogido la jabalina con la boca cuidadosamente, fué á reunirse con su familia.

Calculase en veinte ó treinta años la edad á que puede llegar un jabalí; el cerdo doméstico no vive tanto, pues la cautividad y la falta de un alimento conveniente abrevian mucho su existencia. Los jabalíes no están expuestos á muchas enfermedades; los fríos excesivos y una espesa nieve, que les impida encontrar de comer al cubrirse la tierra de una completa capa de hielo, ocasionan la muerte de muchos, por las heridas que se hacen en las patas.

En nuestros países son enemigos de este animal el lobo, el linco y hasta el zorro, que se aventura á veces á llevarse un pequeño jabato; en el sur son víctimas de los grandes felinos.

*Caza.*—El hombre es, no obstante, el más temible adversario de este paquidermo. En todo tiempo se consideró la caza del jabalí como una noble diversión, y aun hoy día expone el hombre la vida en ella algunas veces.

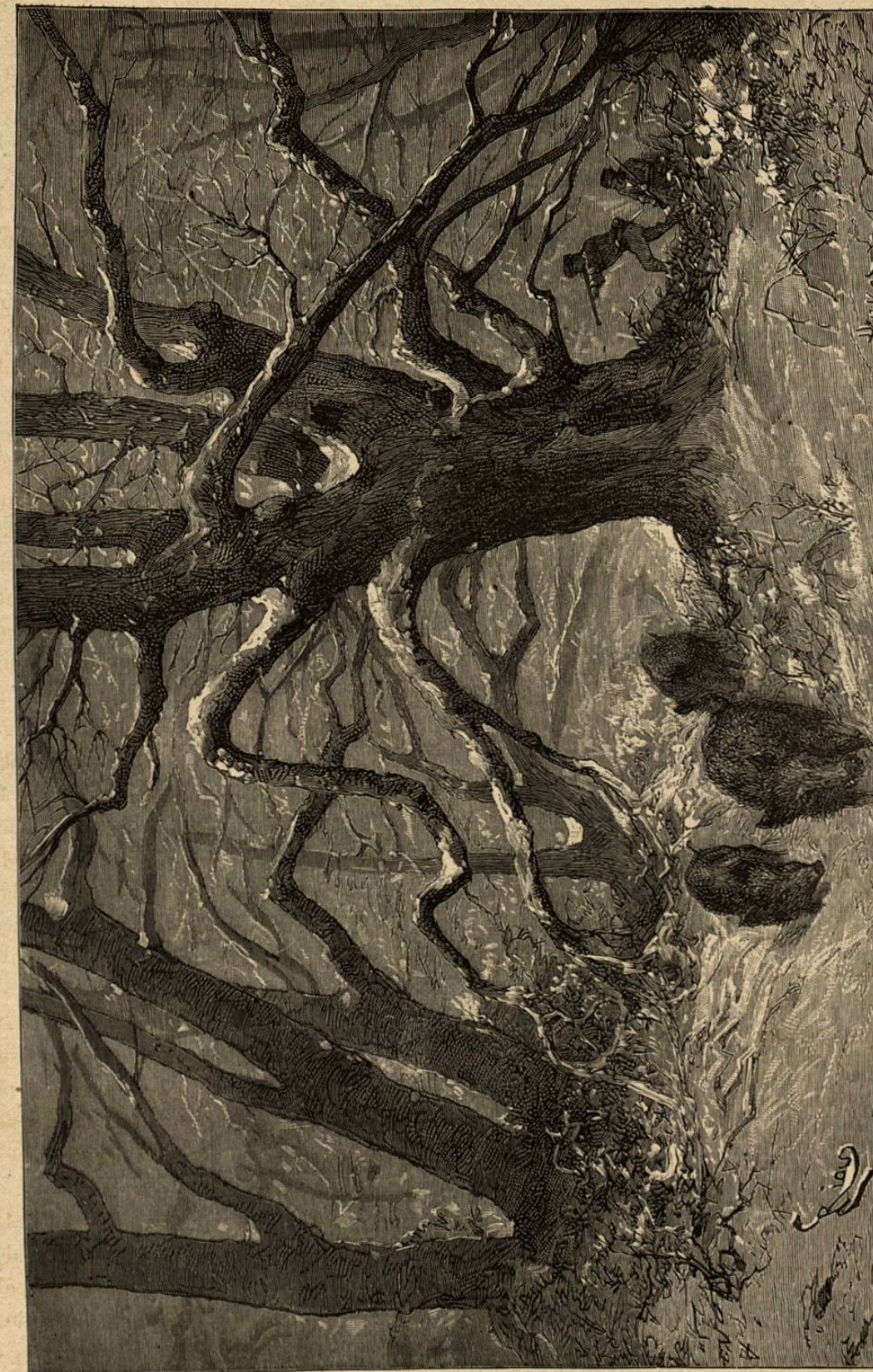
A decir verdad, esta cacería no es ahora más que una diversión, no es ya más que una lucha contra un animal furioso y temible. Los grandes personajes no pueden exponer con tanta indiferencia como en otro tiempo la vida de sus vasallos, se sitúan en lugar seguro para tirar contra la pieza que se levanta, y dejan generalmente todos los peligros para los monteros y ojeadores. Ya no es cuestión de una lucha caballeresca entre el cazador y el animal: lo más que puede suceder ahora es que mueran ó queden heridos varios perros ó algún infeliz campesino. Cuando la ballesta y el chuzo eran las únicas armas empleadas en la caza del jabalí, no sucedía lo mismo: consistía el chuzo en una pica, de hoja ancha, con dos cortes y provista de un gancho; poníase el cazador con esta arma delante del animal, y, apoyándola contra el cuerpo fuertemente, con una mano, le daba la dirección necesaria con la otra. El jabalí, que llegaba con una violencia furibunda, quedaba clavado en el arma, y se procuraba dirigir ésta de tal modo que hiriese al animal por encima del esternón y le atravesara el corazón. Para los jabalíes de mediana talla, empleábase el cuchillo de caza: firme el hombre sobre su pierna izquierda, doblaba un poco la rodilla derecha, y, apoyando el puño del arma que tenía en la diestra, esperaba á que el animal se precipitase con ciego furor sobre el mortífero acero.

No hay para qué decir que este género de caza, que ya no está en uso en Europa, exigía tanto valor como destreza para que el hombre pudiera salir sano y salvo de la lucha.

Algo parecido es, no obstante, el que se practica aún hoy día en casi todo el sur. Los beduinos del Sahara, y también los indios, cazan á caballo el jabalí y le atraviesan con sus lanzas. Si yerran el golpe, escápanse con sus briosos corceles; pero al momento vuelven á la carga y hieren al jabalí de nuevo, hasta que le matan. En Egipto cazábamos el jabalí con carabinas y cuchillos de monte. Si la pieza estaba en algún plantío de cañas de azúcar, no debía pensarse en perseguirla, pues hubiera sido necesario para ello destruirlo todo; pero buscábamos los sitios más favorables, y, merced á la abundancia de estos paquidermos, teníamos la seguridad de hallar la recompensa de nuestras fatigas. Paseándome una tarde entre los cañaverales sin que me acompañara ningún ojeador, maté cinco jabalíes, y otra vez tres, en una cacería al ojo, en medio de las praderas del Delta. En aquellos casos importábanos apuntar bien, pues, si no hacíamos más que herir á los animales, se hubieran precipitado con ciega furia sobre nosotros, y eran bastante fuertes para hacernos pagar caro el acometerlos. Sin embargo, nunca fué preciso echar mano del cuchillo, pues los jabalíes estaban á tan corta distancia, que era difícil errar el golpe. Sólo una vez hirió uno de mis compañeros ligeramente al animal, y hubiera podido ocurrir un lance desagradable á no haber tenido yo la suerte de enviar una certera bala al jabalí.

Este animal se defiende valerosamente contra los perros. En otro tiempo se utilizaban unos especiales para esta caza, tan robustos como valerosos y rápidos. Unos levantaban la pieza y otros la paraban; pero, antes de que pudiesen coger á su enemigo por las orejas, más de uno quedaba herido ó con el vientre abierto. Por ambas partes se desplegaba el mismo valor; mas, acosado por ocho ó nueve perros, el jabalí debía sucumbir al fin. Su costumbre es guardar la espalda, apoyándose contra el tronco de un árbol ó en un jaral, y en aquella situación distribuye colmillazos á derecha é izquierda. Los primeros perros salían más mal parados; pero, apenas mordia uno, ya no soltaba presa, aunque su enemigo le arrastrase en un trecho de varios centenares de pasos. De este modo se sujetaba al jabalí hasta la llegada del cazador.

*Usos y productos.*—La carne del jabalí es justamente apreciada, porque tiene tan buen sabor como la del cerdo, y el gusto es más delicado; los jabatos, sobre



Caza de jabalíes al acecho

todo, son excelentes. La cabeza y las piernas son muy buscadas, y las salchichas que se hacen con la carne son exquisitas. A orilla de los lagos de Egipto, donde se encuentran muy numerosos los jabalíes, hay carniceros europeos que se ocupan durante varios meses en la caza de estos animales, cuya carne consideran como

impura los mahometanos; y allí mismo se hacen salchichas, que reportan un gran beneficio. Durante la estación del celo no se puede comer la carne del macho.

La piel y las cerdas se aprovechan también; pero, por grande que sea la utilidad que dé el jabalí, no compensa nunca los destrozos que causa.